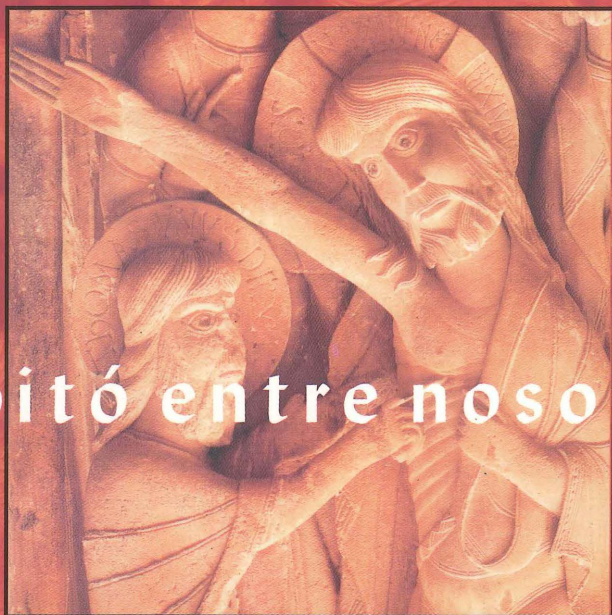


JOSÉ WATANABE



Habitó entre nosotros

Serie Ficciones POESÍA



José Watanabe

(Laredo, Trujillo, 1946) es autor de los libros de poesía *Álbum de familia* (1971), *El huso de la palabra* (1989), *Historia natural* (1994), *Cosas del cuerpo* (1999). Para el teatro ha escrito una versión libre de la tragedia de Sófocles, *Antígona* (2000). La editorial White Adder Press publicó en Londres una antología de su obra, *Path through the canefields* (1997).

Igualmente, la editorial colombiana

Norma publicó la antología
El guardián del hielo (2000).

Watanabe también es autor de varios guiones cinematográficos, entre ellos el de los largometrajes *Maruja en el infierno*, *La ciudad y los perros* y *Alias la Gringa*.



Serie Ficciones POESÍA



Habitó entre nosotros

Serie Ficciones POESÍA

JOSÉ WATANABE

Habitó entre nosotros



Pontificia Universidad Católica del Perú - FONDO EDITORIAL 2002

Habitó entre nosotros

Primera edición: diciembre de 2002
1,200 ejemplares

Dirección editorial: Dante Antonioli D.
Responsable de la Serie Ficciones: Estrella Guerra C.
Diseño de cubierta: Fondo Editorial de la PUCP

© José Watanabe, 2002
Derechos exclusivos en Perú

© 2002 de esta edición:
Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú
Plaza Francia, 1164
Lima 1 - Perú
Teléfonos: 330-7410, 330-7411
E-mail: <feditor@pucp.edu.pe>

Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-518-5
Hecho el Depósito Legal: 1501052002-5871

Impreso en Perú - Printed in Peru

A la memoria de mi padre

*Y el Verbo se hizo carne
y habitó entre nosotros.*

(Juan 1, 14)

LA NATIVIDAD

Esta es tu patria, hijo mío,
un establo donde tu madre
ya duerme
de regreso a nuestra especie:
hasta ahora
ella era un animal mítico: el vientre
avanzado
y habitado
por Ti, entonces voraz nonato,
que le consumías hasta los huesos.

Soy un hombre añoso, he visto
todo. Sin embargo,
me sobrecoge mirarte, mi recién nacido:
a pesar de las madres
todo niño está abandonado
sobre la vastedad de una tierra callada.

Tu madre,
muchacha todavía sorprendida
por Ti, no cantó
una canción de cuna. Mirándote
solo murmuró inacabablemente:
es espantoso esperar de Él
lo que esperan.

EL BAUTISMO

Yo grité en el desierto
que vuestros pecados eran gordos como puercos.

Vengan al Jordán. Aquí estoy
como árbol que resiste la corriente.

Inclínense
ante el ardor que el Padre ha puesto en mí
y quedarán limpios como los niños
que esta mañana retozan en el agua.

Pero Tú ¿por qué vienes a mí, Señor?
Tú no tienes pecados, excepto
acaso una marca de nacimiento:
la fijeza del Padre
que vive en un solo y eterno día.

El río
te dirá que el caminar de los hombres es continuo
e inevitable.

Por eso te bautizo, rogando
que cuando dejes el agua
te acompañe
el espíritu fluyente del río, su transcurrir
en el tiempo
hasta el día en que los cielos
se abran nuevamente para Ti.

LA TENTACIÓN EN EL DESIERTO

Los pastores de cabras
que cruzan el desierto
siguiendo largos caminos invisibles
te miran compasivos. Adivinan
que en tu quietud, recostado en la roca,
mientras ninguna hora avanza,
desmoronas igual que el sol a las piedras
las palabras del mal.

Cuando regresen de sus valles de pastura
(en la aridez
sonará como agua la alegría
de los cencerros) ya no estarás. Solo hallarán
en la roca
la huella de tu espalda,
negra,
como si hubieras ardido.

EL DESCANSO EN LA FUENTE

Samaria, tierra poco amiga, míralo
sentarse junto al pozo, solo,
derrotado por los desiertos.

Olvidado de su sed, ensimismado, observa
los trigales sin viento,
las ovejas dormidas
en la colina, las inclinadas hojas
de humildes hortalizas,
el reflejo del agua profunda
abrillantando su ropa. En el mediodía
todo alcanza la limpieza de su origen,
su tranquila plenitud.

Ha encontrado una hora única e infinita, y está
entrado en ella. Ahora
Él está convencido:
su eternidad es posible.

Dale ya de beber, samaritana.

EL ENDEMONIADO

Vino el mal y calzó perfectamente
en mí
como una perversa lucidez.

Mis ojos vieron cómo se desata
el rencor
en todas las cosas. Todo
se tuerce
como la boca de la gente, o se agesta
o se va de uno. Se van
la cuchara de mi mesa, mi mesa, mi casa,
las calles, la ciudad, mi patria,
y quedo yo solo
cada día, cerca de los cerdos, abrazado
a esta piedra / que no ama.

Por eso lloro y me revuelco ante Ti. Dame
de tu infinito aire de salud.

Cúrame,
pero no totalmente,
déjame un pelo del demonio en la mirada:
el mundo
merece sospecha
siempre.

EL CIEGO DE JERICÓ

Qué aturdimiento y qué maravilla:
cuántos rostros, cuántas miradas, pero
¿quién es aquel que me ha curado?

La gente se separa prontamente de Ti
como eximiéndose
del terrible poder de curar.

Quedas Tú solo, decantado, pero natural,
pero ciudadano, pero no más.

Entonces hablas
y tus palabras tienen un aleteo dorado,
una resonancia
que el idioma rehúsa poner en otras bocas.

Señor, cuántos rostros, cuántas miradas:
que todas sean benévolas
y no se tuerzan cuando Tú te vayas.

MULTIPLICACIÓN DE LOS PECES Y PANES

Señor,

Tú sabes que bajo los cielos nunca sobran
hombres diestros en redes y sembríos. Cuando
escogiste a tus discípulos
sabías que con ellos diezabas
nuestros alimentos de mar y de campo.

Yo voy entre la muchedumbre que te escucha.

Vienes

como un relieve de luz en la luz
y no hablas como los viejos profetas
de ceño adusto:

Tú cuentas historias sencillas e inquietantes.

Esta tarde

cuando empezábamos a comprenderte
vino el hambre sobre la multitud,
y no había nada en las espuertas de mimbre.

Pero Tú, hombre justo, restituiste al mundo
los alimentos

que los doce pescadores y campesinos
ya no producían:

tus manos fueron el mar y fueron el campo,
y todos fuimos saciados

porque de tus palmas
nacieron en abundancia peces plateados
y dorados panes de trigo.

LA ADÚLTERA

La frase, la limpia precisión de su lógica,
detuvo el tumulto.

Ellos,
apretando quietamente la piedra empuñada,
obedecieron sin poder oponerse
la orden de la frase: mirarse
en las simas de sí mismos.

En el corro acallado
empezó a obrarse el milagro. Dicen
que Él realiza prodigios increíbles. Este,
tan esencial,
quizá sea el menos proclamado: hizo
que aceptáramos nuestras vilezas
con honestidad.

Por ese milagro
no fui lapidada. Como si hubieran pasado siglos
las piedras violentas cayeron de sus manos
convertidas en suave arena.

RAZÓN DE LAS PARÁBOLAS

La Palabra

siendo como es, divina, se pronuncia
con lengua de hombres,
 lengua efímera pero tocada
por una gracia: la parábola,
 aquella pequeña historia
que guarda una serena ansia: ser de todos.

Por eso hablo así, hilando
La Palabra en vides, en semillas de mostaza,
en trigo
y aun en cizañas y pedregales, cosas de la gente,
de sus manos,
que luego suben como un destello
 a sus límpidas mentes.

Olvidé otra ansia de la parábola:
 durar. Recordadas sean por siempre
todas
porque todas son una, La Palabra,
 que por ahora soy yo.

EL SEMBRADOR

Las semillas brillaban en mi alforja, cada grano
parecía vivo. La misma luz
hacía más ominosos a los cuervos que me sobrevolaban.

Me libré de ellos arrojándoles puñados de mi precioso grano.

—*Regalo inútil* —me dijo el hombre que me observaba
apoyado en el cerco de mi campo— *el dios*
de esas aves es del solo comer y defecar.

Empecé a sembrar. El límite de mis tierras es un pedrerío
y allí cayó mi torpe y primera siembra.

—*En las grietas húmedas asomarán pequeñas plantas,*
regocijos de un día,
cuyos pies no podrán con la piedra —dijo el hombre.

Luego arrojé semillas entre los cardos
que mi pereza no había arrancado. Fue
un gesto contra mí mismo.

—*No convive el trigo con el cardo* —me advirtió el hombre—
las plantas no podrán huir
cuando la carne les sea hincada hasta la muerte.

Y llegué a la tierra barbechada.

Hice el voleo como se ofrece zalemas a un dios.

—*Tendrás el granero lleno* —me aseguró el hombre, y
antes de marcharse, sonriendo suavemente
me dijo: *eres una parábola.*

MARTA Y MARÍA

Querida Marta:
Debo decirte que
la palabra miente una fijeza, una suspensión y
que no le cruza el miedo del acabarse luego.
Deja en esa felicidad a tu hermana, acurrucada
en Él y sus palabras.

Por lo demás,
todos esperamos tus vituallas de fogón, aun Él,
porque incluso La Palabra hace silencio
y el estómago suena.

Qué raros dones juntas, Marta, belleza y diligencia.
Y sabiduría:
cuando encendiste el fuego,
te vi poner debajo de leños nuevos
el leño que ayer apagaste. Sabías
que este ardería con más deseo que los intactos.

Sí, Marta,
siempre hay un aprendizaje
para consumirse.

RESURRECCIÓN DE LÁZARO

El poder de su voz venía del convencimiento
de que él era Él,
y así llegó hasta tu sello de piedra
para ordenar que tus carnes entraran nuevamente
en el tiempo.

Y ahora limpia el atroz perfume de la muerte
en agua clara y fresca: lava tus largas vendas
en la corriente del río
como los pobres desaguan los interminables intestinos de ganado
que guisan y comen,
y luego enróllalas
y guárdalas.

Sé, pues, precavido
porque nadie sabe hasta cuándo durará el terrible
milagro.

Él dijo que te levantarás y no dijo más, ninguna promesa.
Tal vez solo tienes apurados días
para contemplar con tus ojos de carne rediviva
a tus hermanas comiendo pan y mollejas.

Debo decirte, Lázaro,
que aquí en Betania ya no tenemos noticias del Milagroso.
Sin profetas nos sentimos muy solos.

Cuando retornes a tu sepulcro
no volverás a escuchar
su voz impertinente detrás de la piedra.

LAS LLAVES DEL REINO

No soy un endemoniado, Señor, mas
desespero
buscando un llano lugar donde vivir.

¿Es el cielo como el campo deleitoso
donde hacen el amor los campesinos,
heno, hierba, frutas doblando una rama
y el propio corazón como un bien
finalmente poseído?

Dicen que le diste a Pedro las llaves del Reino,
¿son rigores o fuegos o llantos infinitos las llaves?

De mi cinto solo penden llaves inútiles, espaditas
ridículas
que coinciden con una sola cerradura,
la de la puerta de siempre,
la del solo y triste y repetido entrar o salir.

Ya impaciente, Señor,
te pido que me señales, no el Reino
de la promesa
sino un sencillo cobertizo, un buen recaudo
donde pueda dormir
ovillado
alrededor de mis pobres pelotas.

EL MERCADER

Los criadores de ganado
traen sus propios corderos de sacrificio.
Él apareció en el atrio
como un cordero de nadie, pero su blancura
era de una región más noble (lo imagino
entre interminables pastos azules).

Todas las ofrendas de la vendimia, aves y crías,
no ganarían las indulgencias
ni los perdones
de este Cordero, pensé.

Bajó hacia nuestras ventas. En ese instante
la luz
lo encumbró como la única ofrenda viva, la gratuita,
la suficiente,
la ya sufriente. ¿Por eso,
furioso, rompió jaulas, desató crías
y nos expulsó del templo?

Yo vi: la cólera
es una rara belleza cuando enciende a un animal
tan albo.

LA ÚLTIMA CENA

Yo dispuse sobre la larga mesa los alimentos
de la Pascua.
Soy vieja y sé quién está coronado por la muerte. Era Él.

No me atreví a consolarlo
porque mirando por la puerta la triste noche de Jerusalem
empezó a destazar para sus discípulos
el gran pan
como si fuera un animal de trigo.

Abandoné discretamente el comedor cuando Él decía:
cada pedazo de pan que reciben soy yo.

Uno de los doce preguntó:
¿estás empezando una parábola, Maestro?

Afuera pensé: ¡qué poco avisados sus discípulos
que no ven que el hombre está coronado por la muerte
y que pan o carne es lo mismo!

Cuando se marcharon
mi vecina me acusó de exagerada e imaginera:
Él siempre habla con símbolos, me dijo;
pero en el comedor vacío, entre las migajas y el vino,
percibí el límpido olor de una herida.

ORACIÓN EN GETSEMANÍ

Los olivos nunca crecen con decidido afán
de cielo, irguiéndose rectos y sin dudas.

Los olivos se retuercen nudosos y ásperos
como gente atormentada.

Entre ellos viniste a recogerte como una grave montaña.

Ranas y pájaros te ven de rodillas y desolado
y luego vuelven a sus asuntos:
las ranas tras los insectos
y los pájaros cantando su celo: esa es la soledad,
cuando todo está desacordado de uno.

¿Percibes ahora, Señor, lo que el enfermo que despierta
de madrugada
y siente que la soledad le entristece cada órgano,
y la noche y su pesar
le parecen más vastos que Dios?

Entre los olivos, Tú eras el destinatario
de tus propias bienaventuranzas,
pobre de espíritu, hambriento, lloroso, sediento
de justicia y con el rumor de una persecución.

Tal vez nunca has estado más cerca del Padre.

Ya estás en el Padre.

La muerte que se acerca
será solo una sangrienta anécdota.

LOS DISCÍPULOS DORMIDOS

*T*e esperamos, Señor, como un rebaño exhausto
al pie del monte.

El día es un largo ajetreo junto a Ti.

Tus prodigios nos ponen en un mundo distinto. Cuando
vemos que resuelves tan fácilmente
los imposibles, el esfuerzo
por permanecer Pedro, Juan, Andrés o Santiago
es agotador.

Somos de la tierra, Señor, pescadores y labriegos,
y sin alas.

Solo dormir nos aligera.

Cuando subiste a hablar con tu Padre
entre los olivos

no velamos ni oramos, nos tendimos en la yerba
porque el día ya estaba cumplido en nuestro cuerpo.

No reproches

tan acremente nuestro sueño, Señor,
el sueño nos eleva a otra esfera, fabulosa,

como la que viene contigo cuando amanece.

NEGACIÓN DE PEDRO

Frente a la multitud y su grito
¿por qué tu cuerpo
 que tenía apostura de árbol afirmado
en la mejor tierra
 es ahora carne de vejaciones?

¿Por qué tus brazos
que se alargaban para curar, resucitar
y calmar tempestades
 están recogidos y llagados?

Señor,
vuelve pronto a tus poderes
 porque tu debilidad
me convierte a mí en un animal pequeño
 y asustado.

Así, disminuido, camino cerca del pretorio,
embozado el rostro y vuelto
 hacia las paredes. Todo
se desmorona a mi alrededor.

Si mi alma ahora te niega como lo anunciaste
no sé si será por miedo
o por esta desesperanza
 que mejor nombrada es cólera.

JUDAS

Ser fiel

como un perro seguidor era mi más íntimo
regocijo: sabía que me guiaba el mejor.

Podía copiar sus movimientos, iguales músculos
y huesos se movían en mí,
y su huella
en la yerba o el barro
no era más profunda que la mía.

Cómo no amarlo entonces: Él era el Hijo de Dios
y me concedía su semejanza.

De otro modo no hubiera podido amarlo
ni acompañarlo con serenidad de hermano.

Ay, pero yo ignoraba que era campo de pruebas.
El divino azar hizo rodar entre doce hombres
el huevo de la serpiente. Anidó en mí.

Yo amaba al albo cordero
pero tuve que entregarlo como cordero de sangre.

Y ahora, colgado en el viento, sepan
que no tuve el valor de perdonarme.

JESÚS ANTE PILATO

Como brasa recibida en unas manos
e inmediatamente devuelta, así
quemante
vas.

Ningún poder quiere tocarte, excepto
la insolente muchedumbre. Seducida
grita
que te crucifiquen.

Ahora,
aligerado y puro como pluma puesta de pie,
miras
cómo se cumple el mal: qué pronto
qué puntualmente
los hombres
son turba.

LA CRUCIFIXIÓN

Elevado en la cruz, hijo mío,
te haces cada vez más vertical: tu cabeza
injurada por espinas
ya toca las más altas nubes.

No te puedo alcanzar, no puedo
cerrar tu herida con mi mano,
y la sustancia dorada
que te dio el Padre
te sigue abandonando por la lanzada.

Al aire han vuelto los olores
de tu nacimiento. Ay niño mío,
crucificado desde siempre,
tu sangre cae
y quema la tierra
y quema los siglos. El tiempo de los pobres
y el tiempo de los reyes,
con su cada hora, tendidos,
están ardiendo a tus pies.

Mañana todo será nuevo,
menos este dolor infinito. Y no hay consuelo,
solo una pregunta que grito
y acaso Tú reprochas:

¿Era necesario
que la carne de mi carne
sea entregada como alianza
entre la ingrata tierra y el cielo?

ÍNDICE

La natividad	13
El bautismo	15
La tentación en el desierto	17
El descanso en la fuente	19
El endemoniado	21
El ciego de Jericó	23
Multiplicación de los peces y panes	25
La adúltera	27
Razón de las parábolas	29
El sembrador	31
Marta y María	33
Resurrección de Lázaro	35
Las llaves del reino	37
El mercader	39
La última cena	41
Oración en Getsemaní	43
Los discípulos dormidos	45
Negación de Pedro	47

Judas	49
Jesús ante Pilato	51
Camino al Gólgota	53
La crucifixión	55
El descendimiento	57



SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE
TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA
PASAJE MARÍA AUXILIADORA 156 - BREÑA
Correo e.: tareagrafica@terra.com.pe
TELÉF. 424-8104 / 332-3229 FAX: 424-1582
DICIEMBRE 2002 LIMA - PERÚ

Próximos títulos de esta serie

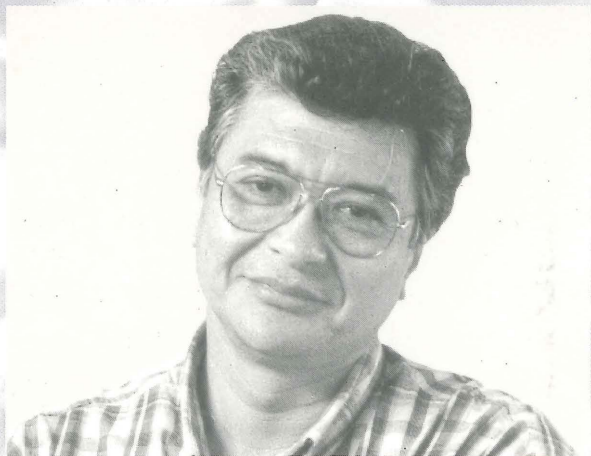
JOSÉ ADOLPH
LOS FINES DEL MUNDO

EDUARDO CHIRINOS
EL FINGIDOR

JOSÉ DONAYRE
LA TRAMA DE LAS MOIRAS

MARCO MARTOS
JAQUE PERPETUO

MAURIZIO MEDO
LIMBO PARA SOFÍA



JOSÉ WATANABE **Habitó entre nosotros**

Hace más de dos mil años, un hombre excepcional, con su prédica y su muerte, unió para siempre el cielo y la tierra. De Él, de Cristo, trata este poemario.

Este notable y singular libro da cuenta de su vida entre nosotros. El lenguaje impecable y preciso de José Watanabe nos acerca a un Cristo a quien sentimos en su conmovedora y humana intimidad. Los poemas asumen la mirada y la voz de los contemporáneos del Mesías—este es un libro coral— para componer la imagen de Cristo como la de un vecino extraordinario.

Recientemente, Watanabe ha sido considerado entre los mejores poetas en lengua española de los últimos cincuenta años, tal como lo registra la antología hecha por el Círculo de Lectores de España. Este reconocimiento no hace sino comprobar una verdad que sospechamos desde hace tiempo: Watanabe es un poeta imprescindible y esencial.

ISBN 9972-42-518-5

